

límite de la justicia, y sin embargo el movimiento continúa hacia la disminución de horas de trabajo. Y es que su verdadera inspiración está en la tendencia muy humana a rehuir el esfuerzo.

Recientemente, en momentos en que había, como sigue habiendo, gran carestía de carbón en el país, con quebranto de la amistad y aun de la salud de todas las clases sociales, y en especial de las trabajadoras, un leader minero declaraba que los mineros no aumentarían su producción por obrero—en rápido descenso, del armisticio acá—y que “el que quisiera más carbón que viniese a extraerlo.”

Estas dos corrientes de desmoralización ante el esfuerzo confluyen en el momento actual. Añádase que reina un ambiente de mutua desconfianza y de interinidad entre patronos y obreros, a causa de la actitud mentalmente revolucionaria adoptada por las grandes uniones en materia de organización de la industria. Ya no se pide mero aumento de salario, sino democratización de la industria, el control obrero, la expropiación del capitalista (no del capital!). De modo que mientras en el seno del individuo reina el desorden de las tendencias personales producido por el relajamiento de la psicología de guerra, en el seno de la sociedad